

Yoga de la potencia

Marguerite Yourcenar

Traducción de Ligia Arjona

EN 1952 COMPRÉ POR AZAR en una librería de Florencia en su original italiano *La Yoga della Potenza (El yoga del poder)*, traducido más juiciosamente al francés, años más tarde, bajo el título de *Yoga Tantrique (Yoga tántrico)*. Del autor, Julius Evola, ignoraba entonces hasta el nombre. Salvo por algunas reservas, que haré más adelante, había adquirido con esta obra una de las que durante años nos alimentan y, hasta cierto punto, nos transforman.

Como mucha gente en Francia, ya había vislumbrado el tantrismo a través de *Mystiques et Magiciens du Tibet (Místicos y magos del Tibet)*, de Alejandra David-Neel. Mucho más tarde, el helenista y orientalista Gabriel Germain, en esa especie de memorias de su vida mental, *Le Regard Intérieur (La mirada interior)*, ese documento tan poco leído, señaló lo que él le debía a dicho libro, al que se acercó muy joven. Una mujer inteligente y audaz mezclaba con sus relatos de viajes testimonios gráficos relativos a extraños confines.

Se le crea o no en todos los puntos, ella nos conducía como de la mano sobre los bordes de cavernas en que sentíamos que, si hubiéramos osado explorar, las hubiésemos descubierto también por nosotros mismos. Entretanto había leído cierto número de obras eruditas sobre el tema. Había aprendido lo que distingue al tantrismo shivaíta del tantrismo budista (los parecidos prevalecen sobre las diferencias); sabía aproximadamente lo que es una mandala, un mantra y un mudra, y algunas equivalencias entre los nombres de las divinidades hindúes y de las divinidades tibetanas. La obra de Evola, que me pareció tan recusable en algunos informes, me aportaba aún más: la exposición de un método.

Otros, más calificados que yo, reexaminarán en su conjunto el budismo tántrico. Digamos muy en general que se

trata de un método de gimnasia espiritual que sustenta una psicología merecedora por derecho propio de ser calificada como psicología de las profundidades, y que ésta, como es siempre el caso, a sabiendas o no, se apoya asimismo en una metafísica.

Uno de los errores probablemente irreparables de Occidente ha sido conceptualizar la compleja sustancia humana bajo la forma antitética alma-cuerpo y no salir después de esa antítesis más que negando el alma. Otra, no menos deplorable, y que va agravándose, consiste en no imaginar un trabajo de perfeccionamiento o de liberación interiores más que en favor del desarrollo del individuo o de la persona, y no de la desaparición de esas dos nociones en beneficio de la del ser o de lo que va más allá del ser. Aún más, para el occidental parece que perfeccionamiento y liberación se oponen brutalmente uno al otro, en lugar de representar los dos aspectos de un mismo fenómeno. El estudio del yoga tántrico tiende a corregir estos errores y en ello estriba el inmenso beneficio que un lector receptivo puede sacar de un sueño como el de Evola.

Contrariamente a lo que ocurre en el zen, en donde el despertar corresponde a un choque sentido súbitamente, aun cuando es preparado por una espera más o menos larga, el despertar tántrico es progresivo y se debe a incesantes disciplinas. Se trata de que el adepto llegue a un máximo de atención, imposible a su vez sin un máximo de serenidad: una superficie agitada no refleja.

Las fórmulas transmitidas por Evola y la compleja casuística de causas y de efectos con las que las acompaña, me parecen de gran importancia, no solamente para la vida espiritual, sino para la utilización de todas las facultades; no

conozco condición humana en que éstas no puedan ser mejoradas, ya sea la del hombre de acción, la del escritor o simplemente la del hombre entregado a la vida. Las personas que saben poca cosa del tantrismo se preocupan ordinariamente sobre todo por su erotismo: el análisis detallado de Evola muestra hasta qué punto éste forma parte integrante de un sistema en donde se trata de movilizar y de disciplinar todas las fuerzas. Estamos en el terreno de lo sagrado y en el opuesto al de las sexshops.

Los procedimientos eróticos del tantrismo no tienden, como los del Tao, a asegurar al hombre vigor y longevidad, y no representan tampoco, como los del *Kama sutra*, una higiene del placer; se esfuerzan sobre todo en una sacralización de la unión carnal que Occidente no ha conocido jamás o no ha deseado aceptar. Se trata, por medio de una



JUAN MANUEL DE LA ROSA

serie de prohibiciones y de liberaciones sucesivas, de asimilar el placer con una hierogamia, que lo es, en efecto, pero solamente a condición de que los amantes hayan tomado conciencia. La lenta y gradual familiaridad obtenida por medio de la vista, de la voz, del tacto y finalmente de la cohabitación física, que precede a la culminación carnal, no es apenas realizable por nosotros más que por una serie de casualidades afortunadas y entre dos seres capaces de apreciar esas pausas como etapas y no como obstáculos. En un mundo en donde la liberación de la moral sexual no va acompañada de una revalorización de la sensualidad, sino al contrario, al menos a juzgar por el cine, la publicidad, los medios masivos y la literatura de nuestro tiempo, el maithuna, el coito sagrado, no está cerca del dominio público.

Se debe también, para disipar algunos malentendidos, hablar de los fonemas (casi todos, si no todos, son mantras sánscritos, comunes en las diferentes sectas del hinduismo y del budismo) cuyo uso preconizan los maestros tántricos, y tratar de explicar, de modo más convincente, el empleo de los fonemas no pronunciados, grabados sobre las piedras por los peregrinos o tallados en las bandas de molinos de oración. Para una Europa asolada por sus antiguas prácticas religiosas, tales usos parecen superstición pura. Lo son por una parte, pero en nuestra época, donde la propaganda política y la venta de productos comerciales se imponen a las masas con la ayuda de consignas casi hipnóticas, sería un error desconocer que la serenidad, la concentración, la liberación física y mental pueden también gozar de fórmulas que saturan el alma. Una vieja gruñona desgranando un rosario no nos hace experimentar en muy alto grado el sentimiento de lo sagrado. Consideremos no obstante que la poesía misma está hecha de repeticiones, casi hechizos, de sonidos y de ritmos o sólo lo estuvo en los tiempos en que recordaba todavía sus orígenes mágicos. La interjección pura y simple, el juramento y la obscenidad, usados tan a menudo que los sentidos mismos ya no lo perciben, alivian o calman a la manera de mantras al que los prefiere. Sabemos, por otra parte, que al menos en un primer estadio del control de sí mismo, la repetición esmerada de una fórmula puede detener el flujo desordenado de las imágenes que conducen al espíritu pero no llevan a ninguna parte.

El que ha oído a un oficiante enunciar un mantra sánscrito sabe hasta qué punto se extiende éste sobre las multitudes a la manera de ondas concéntricas, encerrando al oyente en el misterio del sonido, de la misma manera que antaño se expandían los rezos en el latín de la iglesia, cuyo fenómeno sonoro parecía actuar *ex opere operato*. No corresponde a nuestra época, cuando la física ha hecho de las vibraciones una ciencia y una técnica, negar el poder en sí de la palabra pronunciada, la noción de que el mantra coincide con el Verbo según San Juan.

En presencia de técnicas que se han desarrollado en un rico mantillo espiritual diferente del nuestro, la primera actitud es la de rechazar todo, por desprecio y por desconfianza hacia el erotismo. La segunda, igualmente nefasta, es la de ser atraído precisamente por ese exotismo. Uno de los más grandes méritos de Evola es el de unir una prodigiosa riqueza del detalle erudito al don de aislar las ideas y las disciplinas válidas para todos nosotros de sus condiciones locales, y aun el de abolir la noción de exotismo. Como el prefacio de Jung al *Bardo Thodol*, la obra de Evola sobre el yoga

tántrico, y aquella que es casi tan rica, como ésta que Jung ha consagrado a la hermética tradición medieval, se orientan, al menos superficialmente, en el mismo sentido que la psicología moderna, pero con algunas diferencias esenciales que Jung observó y que Evola hubiera condenado de buena gana.

Por el hecho de su insistencia sobre las disciplinas mentales, el estudio del yoga tántrico es particularmente saludable, en una época en donde la disciplina es ingenuamente desacreditada. Por otra parte, gracias al lúcido análisis del contenido vivo de un ritual y de los mitos a los cuales se refiere ese ritual (pienso en particular en la visualización de divinidades secundarias y en las visiones de ultratumba), el libro de Evola y algunos otros que emanan de eruditos que trabajaron en el mismo campo nos devuelven la posibilidad, que el estrecho racionalismo de principios de siglo parecía haber eliminado para siempre, de comprenderlo y hasta cierto punto de incorporarlo a nuestros propios rituales y a nuestros propios mitos.

Mi estudio del tantrismo me acercó, en lugar de alejarme, al pensamiento cristiano. Tampoco me alejé de lo que hoy día se llama más o menos confusamente el humanismo, no solamente porque la precisión y la lógica discriminativa de las fórmulas tántricas son esencialmente intelectuales, sino porque tratar de conocer y controlar las fuerzas que están en nosotros no será jamás contrario a la noción de humanismo.

El método tántrico es psicológico y no ético: se trata de captar las fuerzas y no de adquirir virtudes. Eso provoca graves malentendidos.

De hecho –y Proust, con su agudeza habitual, había notado ese fenómeno– casi todas las virtudes, así sea la bondad, son primero energía, aun cuando estas fuerzas liberadas como la electricidad puedan electrocutar a alguien o iluminar su habitación. El yoga tántrico es una de las cimas del yoga hindú, que en el Tíbet incorpora, además, algunos elementos chamánicos. En todos los casos su metafísica se desprende, ya sea del hinduismo no dualista o del budismo que predica el desprendimiento y la compasión hacia los seres. Toda malversación de las fuerzas adquiridas por las disciplinas mentales en beneficio de la avidez, del orgullo y de la voluntad de poder no anula estas fuerzas, ya sean normales o, de una u otra manera, sobrenaturales, pero las hace recaer *ipso facto* en un mundo donde toda acción encadena y donde todo exceso de fuerza se revierte contra el que la detenta. Ley a la cual nada escapa y que hemos visto ejercerse en el terreno de las fuerzas tecnológicas, en sí mismas

indiferentes tanto al bien como al mal, pero destructivas a partir de que están en manos de la avidez humana. Al interior de las disciplinas mentales del budismo, como en la mística cristiana, el estado de desprendimiento y de claridad obtenido vuelve casi impensable toda utilización de los poderes con un fin de egoísmo nefasto.

Y en ese punto la obra de Evola, apasionado del poder puro, provoca ciertas reservas. ¿Quién era ese hombre que nos transmitió lo esencial de la experiencia tántrica tibetana, pocos años antes de que los cataclismos políticos redujeran esta tradición al estado precario de disidencia y de exilio? Algunos detalles que poseo de personas que lo conocieron no pueden ser verificados, aun cuando vayan en el sentido de rasgos de carácter que dejan aquí y allá entrever sus libros.

Evola, como Malaparte, parece haber pertenecido a ese tipo de italianos alemanizados en quienes sobreviven todavía no se sabe qué obsesiones gibelinas. Es de aquellos que la *Revolte Contre le Monde Moderne* (es el título de otro de sus libros), tan justificada como pudiera serlo en parte, ha arrastrado a parajes todavía más peligrosos que los que creían abandonar.

Como en las obras de Stefan George, como en el Federico II de Cantorowitz, se encuentra pronto en sus libros un sueño de dominación aristocrática y sacerdotal que jamás ha probado corresponder a una edad de oro del pasado y del que sólo hemos visto en nuestros días caricaturas grotescas y atroces. Se mezclan, en las menos ponderadas obras de Evola, además de un concepto de la raza elegida, que en la práctica conduce al racismo, una avidez casi maligna por lo que atañe a los poderes sobrenaturales, que le hace aceptar sin control los aspectos más materiales de la aventura espiritual.

Ese paso lamentable de la noción de poderes intelectuales y místicos a la noción de poder tan limitada mancha un poco algunas páginas y, sobre todo, algunas conclusiones de su gran libro sobre el yoga tántrico. Ese sesgo singular de un erudito de genio no disminuye absolutamente sus asombrosos poderes propios, que eran del orden de quien transmite y a la vez comenta. Pero es evidente que el barón Julius Evola, que no ignoraba nada de la gran tradición tántrica, no se cuidó jamás de proveerse del arma secreta de los lamas tibetanos, el puñal para-matar-al-yo. •

MARGUERITE YOURCENAR publicó, entre sus libros más conocidos, *Memorias de Adriano* y *El amante*.

Publicado en octubre de 1992.